



Monseñor César A. Franco concelebró el funeral por el eterno descanso del señor Alcalá-Santaella

EN MEMORIA DE RAFAEL ALCALA-SANTAELLA

El Presidente de la A. C. de P. y del Patronato de la Fundación Universitaria San Pablo CEU falleció en Madrid el 6 de noviembre

El pasado 6 de noviembre fallecía en el Hospital "Gregorio Marañón" Rafael Alcalá-Santaella Núñez, presidente de la Asociación Católica de Propagandistas y del Patronato de la Fundación Universitaria San Pablo CEU. La capilla ardiente con los restos mortales del que había sido reelegido por segunda vez presidente de la A.C. de P. en el mes de junio, quedó instalada en la capilla de la sede del "Edificio San Pablo", de la calle Isaac Peral de Madrid.



El doctor Alcalá-Santaella, en una foto de archivo

La Eucaristía de este primer jueves de mes estuvo presidida por el obispo monseñor Sánchez, secretario general de la Conferencia Episcopal. En su homilía, monseñor Sánchez dijo que "contemplamos la vida de Rafael en el recuerdo agradecido y cordial y damos gracias a Dios por todo lo bueno que el Señor

puso en él. La A.C. de P. tiene que estar también agradecida a Dios porque le dió un presidente que estuvo junto a ella hasta su último aliento. El señor le ha sorprendido en el tajo. No es un vivir para morir, sino un morir para vivir. Esta Eucaristía expresa la plenitud de estos sentimientos y actitudes. Me alegro que coincida con la que vosotros, como propagandistas, celebráis regularmente cada primer jueves de mes, ya que es un acto de comunión con el que ha sido hasta ahora vuestro presidente, a través de Cristo, que es la única posibilidad que tenemos de comunicarnos con los muertos. El es cabeza de la nueva humanidad y cabeza también de los que esperamos la resurrección”.

CONFIANZA EN DIOS

El viernes 7 amaneció muy lluvioso. Desde las primeras horas de la mañana, numerosos propagandistas, venidos de toda España, se dieron cita en la capilla, en la cual se habían instalado ya un gran número de coronas de flores. El obispo de Segovia, monseñor Gutiérrez, quiso celebrar la Eucaristía por Alcalá-Santaella antes de partir hacia Roma, en visita “ad limina”. Como consiliario nacional de la A. C de P., que lo fue durante varios años, monseñor Gutiérrez conocía muy bien a Rafael, por lo cual recomendó a lo presentes que intentasen imitar la vida cristiana del presidente fallecido.

A las doce del mediodía se celebró el funeral “corpore insepulto”, que fue oficiado por el obispo

auxiliar de Madrid y consiliario nacional de la A.C. de P., monseñor Franco Martínez, con la participación del Abad del Valle de los Caídos, dom Ernesto Dolado, y de veinticuatro sacerdotes de Pastoral y consiliarios de la A. C. de P: Los cánticos litúrgicos fueron interpretados por dieciséis niños de la Escolanía de la Abadía Benedictina de la Santa Cruz del Valle de los Caídos.

Familiares, miembros del Consejo Nacional de la A.C. de P., directivos de las obras docentes de la Fundación Universitaria San Pablo CEU, numerosos propagandistas, profesores, personal administrativo y alumnos asistieron al funeral. En su homilía, monseñor Franco destacó la personalidad de Rafael Alcalá-Santaella como hombre de fe y cristiano comprometido con la sociedad de nuestro tiempo. Recordó la carta de San Pablo a los Corintios, en la que el Apóstol afirma que la muerte ha sido vencida por la resurrección de Jesucristo e invitó a todos los presentes a que tratasen de imitar el ejemplo de Rafael como propagandista.

Terminado el acto religioso, los asistentes expresaron su condolencia a la viuda del fallecido, Regina Oria de Rueda, y a sus seis hijos, entre ellos María Alcalá-Santaella, profesora de la Facultad de Humanidades de la Universidad San Pablo CEU. A continuación, el féretro fue sacado a hombros hasta la puerta del Edificio San Pablo y depositado en un furgón, en el que los restos mortales fueron trasladados hasta el cementerio de la Almudena, donde fueron inhumados.

CRONOLOGIA DE UNA VIDA

- Nace en Madrid, el 21 de enero de 1925
- Estudia Medicina en la Universidad de Valencia, obteniendo Premio Extraordinario en la licenciatura
- **1950:** Investigador del CSIC y profesor adjunto de Jiménez Díaz.
- **1952:** Defiende su tesis doctoral, obteniendo Sobresaliente y Premio Extraordinario
- **1965-56:** Becario primero y luego “Fellow Research” en la “Henry L. Daugherty Foundation (Nueva York) y en la Universidad de Pensilvania.
- **1965:** Ingresa en la Asociación Católica de Propagandistas
- **1967:** Gana la cátedra de Patología General y Propedéutica, de la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela. Desempeña la misma cátedra en la Universidad de Salamanca.
- **1970:** Catedrático de Patología Clínica Médica en la Universidad Complutense de Madrid.
- **1968-1972.** Consejero nacional de la A.C. de P.
- **1972-1981:** Vicepresidente de la A.C. de P.
- **1981-1985:** Consejero nacional de la A.C. de P.
- **1985-1993:** Vicepresidente de la A.C. de P.
- **1991:** Profesor emérito de la Universidad Complutense
- **1993-1997:** Presidente de la A.C. de P.
- **Otros datos:** Profesor de Número de la Beneficencia Municipal de Madrid y jefe de Servicio de la misma. Jefe del Departamento de Medicina Interna del Hospital Gregorio Marañón y director de su Escuela de Enfermería; consejero nacional en el Consejo de Educación del MEC.
- Académico corresponsal de la Real Academia de Valencia; miembro de honor de las Academias Médico-Quirúrgicas de Alicante y Pontevedra. Miembro Numerario de la Academia Médico-Quirúrgica de Madrid.
- Entre sus obras escritas se encuentran tres libros de su especialidad y cientos de artículos y trabajos publicados en revistas científicas, nacionales y extranjeras.

TESTIMONIOS SOBRE RAFAEL ALCALA-SANTAELLA

Recogemos en las páginas siguientes varios testimonios de miembros de la Asociación católica de Propagandistas que conocieron de cerca a Rafael Alcalá-Santaella

“SIEMPRE TUVO LA MANO TENDIDA”

Por Alfonso Coronel
de Palma
Presidente en funciones de la
A.C. de P.

Resulta difícil misión, sobre todo en estos momentos, escribir unas breves líneas en memoria de Rafael, pues la cercanía de su muerte todavía me produce un gran dolor.

No voy a hablar del científico, ni del universitario, ni del médico humanista que fue nuestro Presidente, pues todas esas facetas de su vida serán mejor reseñadas por otros compañeros. Lo que considero necesario es dejar libertad a los sentimientos, para que de ellos brote todo un sentido de existencia que, si bien no erudito, al menos refleje sinceramente lo que vivo.

¿Por dónde empezar a escribir de él? ¿por esa persona que se entregó hasta y en la muerte a Cristo? ¿por ese Presidente que luchó denodadamente por el bien de la Asociación? O mejor sería recordarle porque siempre tuvo la mano tendida, con el propósito de unión, o porque abrió su persona a todo el que quiso participar con él, o por su constante paciencia, en lucha consigo mismo, para ser de todos y para todos, o por su silencio ante el vilipendio; y por qué no hacerlo por todas y cada una de estas cosas y muchas más.

Viví con él unos años transcendentales; me abrazó, enseñó, perdonó mis errores y fue generoso conmigo, sin esperar nada a cambio. Fueron tiempos de grandes retos para la Asociación: I Asamblea General Extraordinaria, la correcta adecuación de la relación con las Obras Educativas, la búsqueda de una religiosidad, su rejuvenecimiento y su gran lucha por la libertad de la misma.

Mi amistad con él fue madurando con el tiempo, día a día, y si fue posible que entre nosotros se diese un gran afecto, ante todo, ocurrió por la apertura de corazón que tuvo hacia mí.

Su muerte, como he repetido en más de una ocasión, fue ejemplar: murió santamente. Su vida, sobre todo después de la enfermedad, fue un desafío constante a la Naturaleza, pues llegó a ser todo espíritu. Como decía al principio de estas líneas, estoy exponiendo mis sentimientos y no espero otra cosa que no ocultaros nada. No quisiera dejar pasar esta ocasión para referir otra faceta esencial de la vida de nuestro Presidente: su mujer y sus hijos. Es más, lo único claro que tenía al comenzar estas líneas era destacar su sentido familiar. ¡Cuántas horas me llegó a hablar de ellos!; no paraba de comentar, sobre todo de Regina, su esposa.

En Rafael se hace cierto el dicho de que “detrás de un gran hombre hay una gran mujer”. Regina, esposa y madre, mujer inteligente, de fuerte carácter pero de finísimo humor; pilar fundamental que, junto con el otro pilar, su marido, sin confundirse, sostuvieron juntamente el hogar.

Seguramente, sin la confianza y la tranquilidad que dio a Rafael, éste no hubiera podido entregarse a los demás con la plenitud con que lo hizo.

De sus hijos, con quien más he tratado ha sido con María. Contaré una anécdota para que se pueda entender lo que de ella quiero expresar: una vez, le dije a su padre que su hija lo único malo que tenía era el apellido. Rafael, que no tenía el fino sentido del hu-



mor que su mujer, se me quedó mirando con gesto serio; le repetí lo dicho y, al ver que seguía sin comprenderme, se lo aclaré, explicándole que a María le perjudicaba el hecho de ser la hija del Presidente, pues podía hacer que algunos no apreciaran su gran valía. Y siguiendo mis pensamientos en su hija, nuestra querida compañera he de decir que la última vez que se enfadó conmigo Rafael fue porque propuse la realización de un cometido y él, haciendo gala de su prudencia, no quiso que se lo encargase y, como he dicho, mostró un gran enojo con mi propuesta.

Gracias y hasta siempre querido y ejemplar Presidente, por tu entrega y tu generosidad. En muchas ocasiones gustabas definirte como "un burrito al que Dios va guiando". Esa autodefinición, puesta en contraste con tu brillantísima trayectoria, enseña a todos tu verdadera grandeza, que fue la de saber que sin EL nada soy; que con EL todo lo puedo.

Tu recuerdo queda vivo y, junto con tus antecesores sois luz y guía para los que aquí quedamos con la esperanza de encontrarlos.

COMUNICADO DEL CONSEJO NACIONAL DE LA A.C. DE P.



Los miembros del Consejo nacional de la A.C. de P. durante su reunión del 15 de noviembre

El Consejo Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas, en su reunión del 15 de noviembre de 1997, aprobó el siguiente comunicado:

1º.- El fallecimiento de nuestro Presidente, Rafael Alcalá-Santaella Núñez, el día 6 del presente mes, es una dolorosa pérdida que los propagandistas asumimos con la Fe puesta en el Señor. Le damos gracias por haber hecho a Rafael su mediador, para que la Asociación, desde su revitalización espiritual durante los cuatro años largos de su mandato, haya llevado a cabo una profunda renovación y un replanteamiento de las relaciones de aquélla con sus Obras.

2º.- El Vicepresidente, Alfonso Coronel de Palma y Martínez Agulló, sustituye desde aquel momento en sus funciones al Presidente fallecido, según el artículo 27 de los Estatutos. Este Consejo Nacional manifiesta su lealtad y colaboración para con el Presidente en funciones y recaba de los propagandistas la misma actitud.

3.- El Consejo Nacional, en estos momentos de dolor humano, recuerda y hace suyas las palabras que Rafael pronunció para agradecer a la Asamblea General y a todos los propagandistas la confianza en él depositada para ejercer un segundo mandato:

" Todos tenemos que estar siempre unidos, pero no sólo por amistad, sino por caridad fraterna. Nunca hemos de tener entre nosotros lucha ni discordia, ni malas interpretaciones, ni malos juicios de los demás ¿ Cómo vamos a conseguir esto? De cuatro maneras: mediante el diálogo, la participación, el trabajo colectivo y, naturalmente, mediante la Oración y el cumplimiento de las líneas religiosas orientadoras".

Damos gracias a Dios por el testimonio de la vida de un cristiano que vivió y murió en el seno de la Iglesia. Que Dios acoja en su Gloria a nuestro amigo Rafael, guíe a la Asociación y cuide de nosotros.

En Madrid, 20 de noviembre de 1997

“TOTAL DISPONIBILIDAD PARA LA ASOCIACION”

Por José Luis Pallarés
Director General de
la Fundación
Universitaria San Pablo

La antevíspera de su muerte, Regina, la mujer de Rafael, me llama hacia las diez de la mañana a mi despacho de la Fundación para decirme que Rafael quería hablar conmigo. Sin más comentario, aunque el tono de su voz delataba una situación grave, me pone con Rafael.

Con la afabilidad de siempre, pero con voz extenuada me dice: “José Luis, te cuento mi situación: llevo cuatro días sin orinar y me alimento con suero; no puede ni acepta ya mi estómago ningún alimento; esta vez no sé si superaré la crisis. Esta información utilízala según tu discreción. Los temas pendientes resuélvelos tú, y respecto al problema de Barcelona, el documento que vamos a enviar lo completas, lo corriges y haz que se envíe”. Procuré abreviar la conversación; le dí ánimos y le dije que pediría por él de una manera especial en estos momentos. Esta fue mi última conversación con Rafael. Deliberadamente no volví a hablar más con él, aunque escasas eran ya sus horas.

Con Rafael hablé muchas veces, con enorme naturalidad, de la muerte y de la grave enfermedad que le aquejaba. En más de una ocasión me informó de los resultados de la analítica que periódicamente le hacían para control de la evolución de su enfermedad. Para hacerme comprensible la situación, me iba dando los datos y me los iba interpretando sobre la marcha.

A finales de abril, en uno de los múltiples despachos que tuve con él, le hablé de que su mandato como Presidente se estaba terminando y que, teniendo en cuenta su estado de salud, teníamos que hablar con detenimiento de este tema: “Tienes razón, José Luis, porque yo no sé si en septiembre estaré”. En poco se equivocó.

Durante el mes de agosto, no le llamé para no implicarle en los problemas institucionales aunque, dado su talante, esto era prácticamente imposible. Pero a principios de septiembre, (el día 1 ó 2), le llamé a Requena donde descansaba. Aunque había recuperado cuatro o cinco kilos de peso, la conversación para mí fue premonitrice: “José Luis, he pensado que este curso las reuniones del Consejo Nacional, de los Pa-

tronatos, etc... sean más espaciadas, no mensuales...” Para cualquiera que conociera mínimamente a nuestro Presidente, esto era inconcebible... El ya sabía que su final se acercaba, aunque siguió peleando como si nada ocurriese.

La larga noche de su agonía, con el teléfono móvil en mi cabecera, esperando de un momento a otro el trance final, no dormí nada; estuve toda la noche orando: hablando con Dios y con Rafael, animándole a dar ese último salto que nos lleva a la otra orilla, donde ya no habrá más orilla que abordar.

Podría escribir un libro de hechos, dichos, anécdotas, actitudes y de experiencias; problemáticas vividas en común durante muchos años: desde que ambos compartimos la Dirección académica de la Fundación.

Me limito, en estas breves líneas, a esbozar apresuradamente su perfil antropológico. Lo voy hacer con trazos, con pinceladas, sin desarrollo, por razones obvias.

Rafael evolucionó como todos los seres humanos evolucionamos. Y hay tramos de la vida, a veces muy cortos en el tiempo, que constituyen hitos decisivos en la maduración de la persona. El tramo de su enfermedad fue capital en su evolución personal. Todos los seres humanos exhibimos también rasgos de personalidad contradictorios.

RASGOS HUMANOS

El primer rasgo humano que quiero destacar de Rafael es su ingenuidad; su comportamiento, su manera de entender y de hacer me han evocado muchas veces las palabras de Jesús de Nazaret: “el que no se hiciere como niño, no entrará en el Reino de los Cielos”. Era sencillo. Su trato con todos, fuera del rango que fuera era ejemplar.





Como Canciller de la Universidad San Pablo-CEU, Rafael Alcalá-Santaella asiste al acto de apertura del curso 1996-1997

Aunque fuera mi Presidente en el sentido pleno de la palabra, al que le he sido leal hasta poner en grave riesgo el único pan del que vivo, me ha permitido “reñirle” muchas veces.

En todas esas circunstancias, dejaba constancia de sus virtudes: su sencillez, su capacidad de escucha y diálogo, su prontitud en la rectificación cuando lo veía claro. Era un hombre humilde; su brillante curriculum no lo empleaba para imponerse a nadie; todo lo contrario: tuvo que aguantar muchas veces humillaciones de “mediocres”. No era rencoroso. A personas que le atacaron despiadadamente, los atendía como a todos los demás con afabilidad.

He de destacar también lo servicial. He sido testigo muchas veces de cómo atendía desinteresadamente a cuantos a él acudían como médico o para cualquier otro problema.

Su disponibilidad era total para la Asociación y sus Obras; para sus enfermos, para todos. No tenía límites de días y horas. Algunas de mis “riñas” eran debidas a que a todo el mundo le decía: “cuando quieras hablar conmigo, da una patada a la puerta y te cueles”. De ahí que cuando estábamos trabajando nos interrumpían mil veces. Y yo tenía que reñir a nuestro querido Presidente. Agotaba a cuantos quisieran seguir sus pasos: trabajaba en el tren, en el avión, en el taxi, en cualquier espera; no paraba. Era infatigable en el trabajo.

Su coraje es otra nota característica de su personalidad. Se acrecía con la dificultad; no se rendía jamás. Era un “peleón” nato. Era pertinaz en sus pretensio-

nes. La ejemplar fortaleza con que vivió su enfermedad es otra expresión de su coraje vital.

Otro rasgo a destacar en su vida era su afabilidad: siempre sonriente, animoso, optimista.

Rafael, nuestro Presidente, era un hombre abierto ideológicamente. Un hombre incardinado en la cultura actual. Se irritaba con las posturas intolerantes, integristas. En él había calado el Vaticano II.

Sentía un gran respeto por la Jerarquía Eclesiástica. Uno de los temas que le hizo sufrir más en su última etapa fue el que, por algún mal entendido, se llegara a dudar de su total fidelidad a la Iglesia Jerárquica. Por otra parte, él exponía con todo respeto y con toda claridad sus puntos de vista a los Sres Obispos.

Por último, quiero subrayar su talante religioso. Era hombre de fe profunda, de oración constante. Todas las mañanas rezaba las horas canónicas; con frecuencia, el Oficio parvo. Daba siempre testimonio de su fe.

Hablé muchas veces con él de la muerte y de la transcendencia. Hablábamos de su muerte cercana. A semejanza de su fe, grande era su confianza en Dios. Por eso afrontaba la muerte con toda naturalidad.

Querido Presidente amigo: hemos compartido muchas experiencias; bellas unas, duras otras. Espero que algún día, cuando Dios quiera, volvamos a encontrarnos para compartir, ya para siempre, experiencias hermosas no caducas.

“SENTIA Y VIVIA LA UNIVERSIDAD”

Por José T. Raga Gil
Rector de la Universidad
San Pablo-CEU

Sentía y vivía la Universidad, en particular la Universidad San Pablo CEU, de la que era Canciller. Era de los universitarios que creen que ser universitario es una forma de ser, una forma de contemplar las cosas del mundo, una actitud que impulsa a comprometerse en el quehacer social. Un estilo de vida caracterizado por la generosidad de espíritu, por la entrega de potencialidades, de trabajo, de tiempo, de los frutos propios de la actividad constante.

Como universitario cristiano encontraba aquella actitud basada en dos fundamentos igualmente enraizados en Cristo: generosidad para con los demás, con los que le necesitaban, pues tenía presente la aseveración de «cuanto hiciereis por estos necesitados, conmigo lo hacéis»; y por otro lado, generosidad desde la convicción de que cuanto tenía -inteligencia, habilidad, ciencia, capacidad de trabajo, etc.- no le correspondía, siendo dotes depositadas en él para una correcta administración.

Gozaba con la Universidad San Pablo CEU y se gloriaba de su prestigio y función social que desarrollaba. Sentía en sus carnes las críticas infundadas sobre la institución y era él a mí y no al revés quien ponía ánimo ante aquellas situaciones de las que se hubieran derivado el desánimo o cuanto menos la inquietud, el desasosiego y la turbación.

Puso empeño en cuanto estaba a su alcance y en algunos aspectos, en aquellos que le eran más próximos, hasta niveles más allá de lo humanamente imaginable. Dios le permitió ver en marcha la Diplomatura de Enfermería en la que había puesto tanto cariño. El mismo día de su muerte me decía el Director de un centro hospitalario con el que tenemos convenio docente, que «gracias a su tesón, la Universidad y el Hospital estamos hoy en una misma tarea»; esa tarea grandiosa que es enseñar a estar próximos al deber, a la enfermedad, desde la asistencia sanitaria por la invasión humana a quien necesita consuelo, cariño, compañía y ánimo motivador para superar las dificultades.

Su prudencia se lo impedía, pero su ilusión sin límites le hubiera llevado a la implantación de una Facultad de Medicina en nuestra Universidad. Reconocía que la enseñanza y sobre todo la investigación, con el equipamiento requerido para ella, eran prohi-

bitivos hoy para una Facultad de Medicina privada, pero su idea ilusionada nunca quedó sepultada y con frecuencia aparecía una y otra vez, como esperando que en alguna ocasión se vería con claridad, todo el problema resuelto. La ausencia de una Facultad de Medicina por contra, no le impedía el regocijo de nuestra Universidad actual. Los programas de doctorado y el éxito demostrado en su aceptación le cautivaban, hasta el punto de afirmar una y otra vez, en nuestros despachos de los primeros y terceros martes: «es que somos una gran Universidad».

Le preocupaba y así lo manifestaba continuamente, que la Universidad viviera pastoralmente el carisma de la Asociación Católica de Propagandistas. Una vida cristiana plena y dedicada a los demás. Las manifestaciones de acción cristiana le producían gran satisfacción. Desde los grupos de oración a los comprometidos con los pobres, con los más débiles, motivaban su interés, ahondando en sus programas específicos para conocer el detalle de su actividad y no quedándose sólo con la generalidad.

Añoraba el contacto fluido y fértil de toda la Obra Educativa de la A. C. de P., convencido de que éste proporcionaría información útil para todos, a la vez que ganarían en seguridad las decisiones a tomar por cada uno en su propia esfera de competencia. El sentido de fraternidad en la Asociación estaba permanentemente en su boca. La gran obra de Ángel Herrera Oria y la gran aspiración de aquél, tenían que ser también en Rafael referente social en el mundo educativo moderno. Su capacidad para sobreponerse a la enfermedad, a la dolencia, desarrollando su actividad «como si no pasara nada» quedará presente en nuestros corazones como un claro ejemplo de cómo el espíritu gobierna la materia. Dios ha querido que sus esfuerzos y sinsabores en este mundo terminen y que el gozo parcial de la contemplación de las obras de los hombres se vea eclipsado ante la imagen del Padre, por cuya participación elevamos en oración nuestros corazones.



Por José M. Otero Novas
Ex-ministro y miembro de la
A.C. de P.

“HOMBRE DE FE CRISTIANA”



Fue al final de los años 60 y dentro de la ACdP, a cuyas tareas me había convocado Abelardo Algora, cuando conocí al amigo Rafael. Sabíamos todos que comenzaba una etapa problemática para la Asociación, pero que no era la primera que se había superado. La Guerra Civil había abierto una dura tensión entre el posibilismo tradicional de la Casa y quienes, habiendo postulado ese mismo posibilismo durante la República, luego se consideraron obligados en conciencia a abandonarlo; tensión que se saldó con dolorosos desgarros. Éramos conscientes de que el futuro era difícil, pero naturalmente no podíamos conocer la intensidad ni la duración del problema. En primer lugar, porque el post Concilio abrió en la Iglesia Católica y para todo el mundo, una crisis profundísima, sin duda que para bien, pero que conmocionó el pensamiento, la acción y las estructuras eclesiales en modo seguramente similar a lo que supuso la Reforma-Contrarreforma. Y esa crisis, que probablemente al día de hoy sigue abierta, tuvo dos décadas de tremenda confusión; confusión que no comienza a disiparse hasta mediados la década de los años 80.

Nuestra Asociación tuvo que navegar, a partir de aquel tiempo, sin los faros y balizas que hasta entonces le aportaba la Iglesia, sobre un mar alborotado por las interpretaciones de la propia doctrina; pero además, cuando el cambio de Régimen político en España anunciaba tormentas, temporales y oscuridades adicionales. La confluencia de uno y otro factor hizo naufragar y desaparecer Obras hasta entonces esplendorosas, como la Acción Católica, mientras a otras las dejó irreconocibles, o las hizo abandonar sus creencias esenciales, o las permitió subsistir desmanteladas y empobrecidas moral y materialmente. La Asociación Católica de Propagandistas también pagó su tributo a las dificultades. Pero, en mi opinión, que puedo dar tranquilamente porque los méritos no me son atribuibles, hemos pasado muy positivamente tan duro período.

Al día de hoy, parece sorprendente, seguimos man-

teniendo el espíritu fundacional, e incluso con frecuencia citamos las luminosas máximas de nuestros fundadores, especialmente de Ángel Herrera, con el convencimiento de que son camino de futuro. Y contamos para el apoyo asociado de esas ideas con un conjunto de personas distribuidas por España en número y calidad nada despreciables, aunque naturalmente sabemos que es preciso superarlo. Y mirando hacia atrás, podemos ver con legítimo orgullo cómo en medio de tantas turbulencias, la Asociación Católica de Propagandistas cumplió con su papel de servicio a la Iglesia y a la sociedad española, aportando sus principios filosóficos y cuadros preparados a la delicada obra de la Transición política: una labor que el éxito alcanzado hace ahora aparecer como fácil, pero que no lo fue, y en la cual, el espíritu y preparación de los propagandistas contribuyó decisivamente a su buen resultado técnico, junto con su solución básicamente acorde con criterios cristianos.

Todo el mundo conoce el papel de los Tácito, nacidos, impulsados y mucho tiempo mantenidos desde nuestra Casa; pero se sabe obviamente menos que los Tácito son la prueba externa y brillante de un esfuerzo y aportación permanente de la Asociación, en el mismo sentido y con el mismo espíritu, antes y después de su existencia. Pero, además de ello, la Asociación consiguió en este tiempo arreglar las graves dificultades financieras que sus Obras arrastraron en esos años; dificultades probablemente derivadas de la crisis general que vivíamos. Y reiterando mil veces sus intentos, consiguió al fin montar su propia Universidad, que le permite comenzar los años 90 con un gran instrumento de servicio a los demás, pero que constituye asimismo un extraordinario factor de consolidación de su propia estructura para la realización de nuevas tareas, con fidelidad a sus Principios. Hago aquí y ahora este breve apunte histórico, porque si bien esa etapa fue la de la Presidencia de Abelardo Algora, a quien debe agradecerse su gestión, yo siempre vi a Rafael Alcalá-Santaella al lado de Abelardo, codo a codo con él, sonriente, animoso, dispuesto a todo, amable con todos, invitándonos a armar el hombro a aquellas labores dirigidas por Abelardo. Y, cuando estamos recordando al amigo que falleció siendo Presidente de la Asociación, sería una grave mutilación de su persona y de su obra,

olvidar su extraordinaria colaboración a una de las etapas más difíciles y fecundas de nuestra historia colectiva.

Luego, un día vino a verme y a explicarme que se presentaba como candidato a la Presidencia. Yo le expuse modestamente mi criterio sobre las enormes posibilidades que se le abrían a la Asociación cara al futuro, gracias al esfuerzo que antes se había hecho; pero también le manifesté mis opiniones sobre los riesgos de desnaturalización que podían acecharnos y que era preciso atajar. Y comprobamos que sus proyectos iban también en la línea de mis esenciales preocupaciones, razón por la cual me alegró decirle que, además de ser mi amigo, también era mi candidato.

Al comienzo de su Presidencia hubo dos asuntos en los cuales yo me consideré obligado a manifestarle, incluso reiteradamente, mi discrepancia y crítica; muy meditadas, muy firmes, aunque procurando quedara clara mi voluntad constructiva. Pensé que allí podía jugarle su amistad, tanto más cuanto que mis opiniones hube de manifestarlas ante otras personas, pero me sentí en el deber de correr el riesgo. Y Rafael encajó la crítica y, en algo al menos, corrigió lo que yo le denunciaba; pero en vez de guardarme rencor, parece que acrecentó su afecto por mí y comen-

zó a lanzar algunos ataques a mí muy escaso tiempo libre pidiéndome pequeñas colaboraciones en temas asociativos, lo que me obligó a hacer sacrificios para ponerme a la altura de su amabilidad. Ese comportamiento suyo fue para mí una notable lección.

Como también lo fue, para mí y para todos, contemplar cómo llevó la cruz de su enfermedad. Sabíamos lo que no se podía ocultar. Pero nos asombraba verle presidir la vida de la ACdP, con espíritu joven, haciendo nuevos proyectos e impulsando las Obras con entusiasmo y dedicación plena. Llegué a pensar que se habían equivocado todos los médicos, él incluido, que lo fue con altura socialmente reconocida. Durante unos años era la plasmación viviente de aquella frase evangélica, según la cual, la Fe puede mover montañas. Porque su Fe era fuerte, envidiable. Era un hombre de Fe cristiana. Y por eso yo, que sufrí una muy sincera pena cuando conocí la noticia de su muerte, por mucho que la esperara cada día, salí muy reconfortado del homenaje que toda la Asociación le rindió y le rendimos, acompañando a Regina y a sus hijos, en la Capilla del San Pablo.

Fue el bello homenaje cristiano, de una asociación cristiana, a un hombre de fe cristiana.

“HOMBRE DE REFLEXION Y DE ACCION”

**Por Marcelino Oreja
Miembro de la Comisión
Europea**

Si toda muerte es un sobresalto, la muerte de un amigo representa un desgarró, una ruptura; la pérdida de una de esas laderas de la vida humana en la que uno se siente reconfortado por un consejo, por una confianza.

Si, además, el que ha muerto es Rafael Alcalá-Santaella, un hombre que ha hecho de su vida un ejemplo de vivencia cristiana y de entrega a los demás, la carencia de esa ladera nos deja más desvalidos porque hemos perdido una referencia, un punto de apoyo, un símbolo.

Este es mi sentimiento con la muerte de Rafael Alcalá-Santaella Núñez. Le conocí hace muchos años y siempre mantuve con él, aunque fuera desde la distancia, una relación ininterrumpida. Hay algo que siempre me sorprendió en él. Era un hombre en permanente estado de disponibilidad. Era un espíritu animoso, abierto a colaborar, receptivo a cualquier iniciativa. Y lo hacía siempre con naturalidad, con simpatía, con condescendencia y con sencillez.

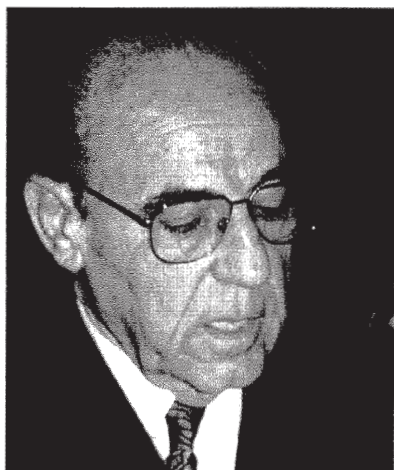
Creo que era el poeta inglés Keats, el que elogiaba a aquellos para quienes la alegría del alma está en la acción. Rafael era un hombre de reflexión, pero era un hombre de acción. Era un profesor riguroso, pero era un hombre práctico que buscaba la aplicación de la doctrina a las realidades concretas.

Espontáneo, abierto, impaciente como lo fue Francisco Javier en el título lapidario de Pemán, Rafael era una persona que conseguía con toda naturalidad tener a Cristo en medio de nosotros. Reunirse con él daba siempre la sensación de la cercanía de Dios, de la mirada de Dios, casi se diría de la complicidad de Dios. Él le tendrá hoy en su Gloria y velará para mantener en nosotros siempre viva la esperanza.



Por José María
Sánchez -Ventura
Ex-ministro y miembro
de la A.C. de P.

“ENTUSIASMO CRISTIANO POR LA VIDA”



Con verdadero placer, como si fuese a su encuentro para felicitarle por haber llegado ya a la Casa del Padre, me dispongo a escribir estas líneas de recuerdo para nuestro Presidente. Siento la emoción de la ausencia tan presente; pero no me inquieta el dolor. Porque el recuerdo de Rafael es alegre; como alegre y confiado fue siempre su optimismo, su fe en la vida y la seguridad de sus creencias en una trascendencia definitiva y feliz. Hace pocos meses, por deseo muy insistente de nuestro Pre-

sidente, ante una pereza mía en verdad escasamente justificada, hube de preparar una conferencia que había de pronunciar en nuestro Centro de Cádiz. Ahora pienso que fue una premonición, bastante fácil de vaticinar, por otra parte. Porque la muerte de Rafael era una crónica anunciada por su propia vitalidad espiritual, que se sobreponía con entusiasmo absolutamente sobrenatural a las fisuras y manquedades que anunciaban la existencia de una sentencia mortal que iba a cumplirse en plazo inexorable. Rafael, que era una eminencia en la Medicina, conocía su destino y lo aceptaba con la naturalidad con que lo pregonaba el padre de Jorge Manrique en aquella célebre copla, que es una lección de resignación cristiana, tan serena como complacida:

«...Y consiento en mi morir,
con voluntad placentera,
clara, pura,
que querer hombre vivir,
cuando Dios quiere que muera,
es locura».

Decía que Rafael quiso que mi conferencia de Cádiz versara sobre la escala de los valores cristianos. Y entre ellos -y he aquí la premonición- me detuve despaciosamente y complacidamente en comentar el valor del entusiasmo cristiano por la vida. Entusiasmo compatible con la misma idea de la muerte y con sus preliminares más temibles. Porque para el cristiano, el entusiasmo por la vida está esencialmente

vinculado a la seguridad de que los ríos de nuestras vidas, como decía el poeta, han de dar «en la mar que es el morir».

Y esto lo sabía muy bien Rafael, un experto eminente en saber alejar el mal físico de ese final inevitable. A la fe de Rafael no le cabía la menor tentación de caer en esa enfermedad tan devastadora y universalizada que es la depresión, el cansancio de vivir, el desistimiento de la vida. Sistere, en latín es también vivir. Desistere, desistir es dejar de vivir, no querer vivir. Rafael sabía que la vida hay que vivirla con entusiasmo, hay que «sistir» la vida, que es como se diría si ese verbo latino hubiera pasado al castellano. Y que el entusiasmo por la vida es un valor eminentemente cristiano, sobre todo cuando la fuerza que encierra ese valor se pone al servicio de Dios. Entusiasmo es palabra hermosa por su eufonía y por su contenido. De origen griego, significa etimológicamente «endiosamiento». Y ese endiosamiento, lejos de su primitivo significado pagano, vaticina lo que va a ser el espíritu del cristiano que, con terminología paulina, es fundamentalmente un llenarse de Dios. Lo cual es tanto como decir un llenarse de Amor, puesto que esencialmente, teológicamente, Dios es Amor. Así es la concepción cristiana de la vida: Cristo, en la hora de su supremo dolor, legó a la Humanidad el consuelo de su presencia eucarística hasta el fin de los siglos. Para que demos entrada a Dios en nuestro corazón; para que seamos templos del Espíritu Santo; para que veamos en los demás (incluso en los que nos santifican con el peso de su hostilidad) «otro Cristo»; para que, en definitiva, nos «endioseemos» con el entusiasmo de nuestra fe.

Con esa fe es con la que Rafael asombró a sus amigos, viviendo su agonía como una «lucha por la vida»; que eso es lo que literalmente significa la palabra agonía en su origen también griego. Rafael agonizó luchando por la vida, preparando proyectos lejanos, organizando acontecimientos a largo plazo, como si la vida no acabase nunca; como si supiese -que lo sabía- que desde el Cielo también seguiría trabajando por todo lo que significa Fe, Amor, Bondad, Progreso, Cultura, Educación, Paz.

“PROFUNDA ESPIRITUALIDAD HERRERIANA”

Por Emilio Navarro
Secretario general de la
A.C. de P.

Se nos fue con la armadura puesta. Sabíamos que la enfermedad era grave; era un luchador nato. Dos largos años de actividad incansables nos hicieron creer, día a día, que Rafael podría superarla. Y estuvo en el tajo hasta última hora.

La Asociación Católica de Propagandistas y sus Obras Educativas se llevaron lo mejor de su esfuerzo y atención, por encima incluso del tiempo dedicado a su familia, a sus pacientes, a la música y a la lectura, dos de sus actividades predilectas en los pocos momentos libres.

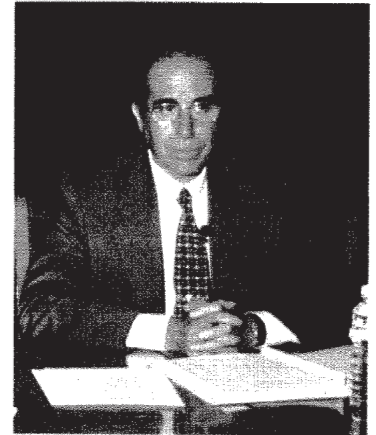
El complejo y extenso mundo de las Obras Educativas de la Asociación Católica de Propagandistas le dio satisfacciones, pero -sobre todo- trabajo y algunos disgustos, como máximo responsable de su devenir y ligazón. Pero Rafael lo quiso así, y a ello se entregó sin medir el tiempo.

Dolorosa pérdida la de nuestro Presidente, porque es humano sentir la separación. Deja abierta la esperanza a un CEU maduro y académico y a una Asociación que mira con orgullo los veintiséis centros

educativos, coronados por la Universidad San Pablo CEU.

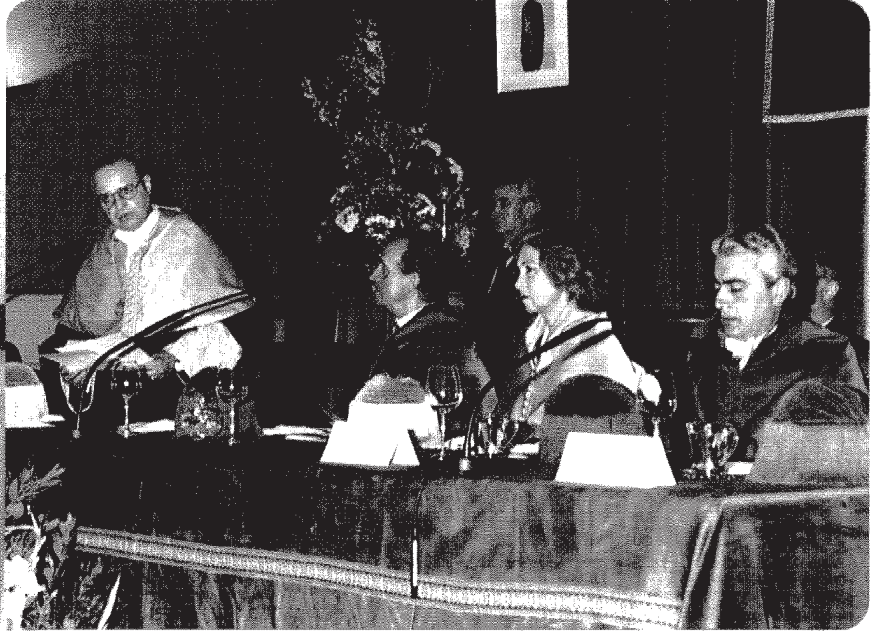
De todos los negocios humanos que el Doctor Alcalá-Santaella entendió como Presidente, ninguno fue perseguido y trabajado como el de la espiritualidad herreriana: primero, en la raíz de todas las Obras, la ACdP; y segundo, en su deseo constante de que a la excelencia académica de los centros educativos, se uniera el esfuerzo común, para que aquéllos justifiquen plenamente el objetivo para el que fueron creados: dar testimonio de Jesús, aplicando la Doctrina Social de la Iglesia desde dentro y hacia fuera.

Hombre de fe profunda, largo trabajo intelectual y auténtica vocación de apóstol laico propagandista, desde el pasado día 6 de noviembre, vela por todos nosotros en el seno del Padre. Y eso es una esperanzadora realidad.



*La esposa e hijos
de Rafael
Alcalá-Santaella,
durante el
funeral celebrado
en la Capilla del
Colegio mayor
San Pablo*

RECUERDO GRÁFICO



Como presidente del patronato de la Fundación Universitaria San Pablo CEU, Rafael Alcalá-Santaella realizó una intensa actividad orientada a potenciar los diversos centros docentes de esta Fundación. Sobre estas líneas, el señor Alcalá-Santaella da la bienvenida a SS.MM. los Reyes don Juan Carlos y doña Sofía en el acto de inauguración de la Universidad San Pablo. A la izquierda, en su época de vicepresidente de la A.C. de P., junto al entonces presidente, Alfonso Ibañez de Aldecoa. Debajo de estas líneas, en la inauguración del curso académico de los centros de la Fundación y durante la entrevista que mantuvo con el anterior presidente de la Comunidad de Madrid, señor Leguina, para presentarle el proyecto de la Universidad San Pablo

